

# Glosas

EL ARTE NUEVO NO ES  
UN NUEVO RICO.

SIEMPRE las revoluciones más eficaces gustaron de presentarse como reacciones: en la panoplia de su novedad abundan las armas del recuerdo. El Renacimiento se ampara en el mundo antiguo; el Romanticismo, en la Edad Media. La reforma protestante tiene a la vista la pureza del cristianismo primitivo, y la Revolución francesa, las virtudes de la Roma republicana y de la ruda Lacedemonia.

También lo que se ha llamado «Arte nuevo» aspira a significar una continuación. Sabe que—según el decir de Octavio de Romeu—«todo lo que no es tradición es plagio»; por eso escoge a sus propios clásicos, y, para darse un origen, monta, con cierto artificio y no poco esfuerzo alguna vez, una verdadera galería de retratos de familia.

Aquí, en la primera fila, están los padres: Cézanne, Seurat. Luego, la fila de los abuelos: Ingres, acaso el mismo David. Más arriba, los grandes antepasados lejanos: Poussin, o Fouquet, o Paolo Ucello. Y también, entre tan ilustres Penates, alguno de rama lateral: un Chardin o los hermanos Le Nain, de gloria veterana y de moda recién nacida.

## LOS HERMANOS LE NAIN.

COMO, a pesar de aquella gloria, los Le Nain, eran, en realidad, muy poco conocidos, una Exposición de obras de Luis y de Mateo (Antonio, el mayor, ha sido dejado aparte), celebrada recientemente en París, casi no ha debido de parecer una retrospectiva.

Con sabores de novedad golosa, habrá divertido a las gentes su cezanismo profético. Este, a decir verdad, se limita a los fragmentos de bodegón, y es, incluso en ellos, un poco superficial: acaso se cifra, más que en nada, en el parecido temático del mantel con sus pliegues, de la jarra rústica y del par de pomos de agraces... Pero otro vínculo, más hondo sin duda, ha venido a unir a estos sabrosos maestros picardos del XVII, no limitadamente con Cézanne, sino con un apetito general de la vida estética contemporánea.

Los Le Nain, en una época aparatosa, en pleno siglo de la retórica y del conceptismo—a la hora de Corneille, al día siguiente del Concilio de Trento—, glosan en su pintura *el amor de las cosas*—el amor a las cosas concretas, sólidas, usuales, cotidianas, manuales—, la exaltación, casi táctil,

por calidades y resistencias. Son unos místicos de la «mística manual», como diría Pierre Hamp. Las formas exactas de los platos y de las cucharas, de las ruedas de carro y de los dados de jugar, les han encantado. El pan, el pan con sus moldes y tajadas, parece tener para ellos la significación poética profunda que para un José Pijoán o un Guerra Junqueiro. Si no alcanzan al regodeo delicado a que más tarde llegará Chardin, en sus estudios de «naturaleza muerta», ya dejan muy atrás a los pintores de los Países Bajos, demasiados fieles a la significación y a la anécdota, para saborear, con sentidos inteligentes, los placeres que, por su forma, y color, y calidad nos proporcionan las cosas en sí mismas.

## SU REVOLUCION.

POR eso eran tan revolucionarios los Le Nain, no por lo que han supuesto quienes—con el recuerdo de una página de la Bruyère en la cabeza—quieren hacerlos pasar por unos precursores de Baumarchais, por unos partidarios de «el pueblo contra los señores». Pese a Champfleury y a toda la crítica del naturalismo, la ruralidad, la miseria aldeana, la vida del campo, la humildad del estiércol y de las faenas, nada tienen aquí de esencial. Un crítico competente, M. Paul Jamot, ha precisado, a este respecto, la compensación que significan, en la obra de nuestros pintores, ciertos cuadros de asunto aristocrático, como la *Danza de niños*, de mano del tercer Le Nain, de Mateo, y que se encuentra en la colección Sambón.

En otro cuadro de la misma colección, y que M. Jamot ha propuesto que se llamara *El jardinero*, éste, el personaje rústico, ofrece una rosa a una dama elegante, sentada a una mesa de toscos manteles. No se sabe si la escena se ha figurado en la coci-

na de la casa de la señora, a donde haya acudido el jardinero tal vez para rendir las cuentas, o bien en la casa misma del plebeyo, donde la señora esté de visita... ¿Qué importa? La rosa, en una y otra versión, es la misma. Y a la dama, y al jardinero, y a Mateo Le Nain, y a nosotros mismos, desganados de fáciles sociologías, lo que nos interesa en el cuadro es, precisamente, la rosa.

## DONDE SE HABLA TAMBIEN DE MURILLO.

Dos rápidas observaciones todavía, al margen de la Exposición de los Le Nain. Una, que ahora la verdadera revelación la ha constituido, entre los tres hermanos, Mateo. Era el más ignoto. Parece ser el más potente. Este juicio, sin embargo, está sujeto a revisión: la mano de cada uno de los Le Nain no se distingue siempre con comodidad y el *suum cuique* resulta difícil.

Otra observación, que interesa a la pintura española, nos ocurre ante el éxito de estos maestros franceses: que tal vez sería hora oportuna para intentar una vindicación de Murillo, desde el punto de vista de una estética análoga a la que hoy favorece a la gloria de los Le Nain... Hay dos Murillos, la cosa es sabida: el mórbido y grandilocuente y el popular y picaresco; el de la ópera italiana y el del sainete andaluz; a veces, mitad y mitad en el mismo cuadro. El primero en salsa de alabanzas, había llegado a empalagarnos un poco. Convendría ver si hemos apreciado con justicia al segundo. Convendría ver si «las cosas», los objetos sólidos, son menos sabrosos sobre la mesa del comedor del jardinero que sobre la mesa de carpintero de San José; y menos tierno el melón encontrado entre las basuras de Sevilla, que el pan distribuido por obra y tajo de una cuchilla picarda.

EUGENIO D'ORS

(C, Madrid).

Ya se ha puesto a la venta

## El Delfín de Corubici

Visión de Nicoya antes de la Conquista española, escrita para nuestros niños por

— Don ANASTASIO ALFARO —

Precio del ejemplar... C 2.00

En 12 ejps. se da un 20% de comisión

Dirigirse a la Administración del  
REPERTORIO AMERICANO